

direccion y tino; ambos movimientos fueron mal conducidos, y entre sus muchos errores el mayor para ellos fué haber obrado aisladamente y sin concierto los de Valencia y los de Castilla. Aun así, estuvo Carlos de Gante á peligro de perder su corona de España mientras ceñía en sus sienes la del imperio alemán. Pero una y otra revolucion sucumbieron, y las guerras de las Comunidades y de las Germanías dieron por resultado el engrandecimiento de la autoridad real y la preponderancia de la nobleza.

CAPITULO IX.

CORONACION DE CARLOS V.

PRIMERAS GUERRAS DE ITALIA.

1520.—1522.

Salida de Carlos de España.—Va á Inglaterra.—Situación, carácter y relaciones de los reyes de Francia é Inglaterra.—El cardenal Wolsey.—Alianza de Carlos con Enrique VIII.—Coronación de Carlos V. en Aix-la-Chapelle.—Entrevista de Francisco I. de Francia y Enrique VIII. de Inglaterra en el *Campo de la Tela de Oro*.—Relaciones entre los monarcas y príncipes de Europa.—Guerra del Luxemburg.—Rompimiento entre Carlos V. y Francisco I.—Guerra de Navarra.—Toman los franceses á Pamplona y sitian á Logroño.—Son rechazados.—Guerra de Milan.—Alianza entre el emperador, el papa y Enrique VIII.—Los franceses espulsados de Milan.—Muerte del papa Leon X.—Elección de Adriano, regente de Castilla.—Nueva guerra y derrota de franceses en Lombardia.—Vuelta de Carlos V. á Inglaterra.—Guerra entre ingleses y franceses.—Regresa el emperador á Castilla.

Gana y deseo vehemente teníamos ya de dar algún desahogo al espíritu fatigado del sombrío cuadro de las guerras civiles, y de apartar nuestra vista de los campos de Castilla y de Valencia regados con sangre española, vertida por españoles mismos en batallas y

cadalsos, y de espaciarla por mas ancho horizonte, y de distraer nuestro ánimo y el de nuestros lectores con espectáculos de otra índole que estaban representándose en otro mas vasto teatro.

Y en verdad, tan pronto como se tienden al viento las velas de la navé que desde las aguas de la Coruña conducia á Cárlos de Gante á los dominios del imperio que acababa de heredar (mayo, 1520), desde aquel momento no puede menos de desplegarse á los ojos de nuestra imaginacion el cuadro general de la Europa, en que el régio navegante está llamado á representar el primer papel. En efecto, el nieto de los Reyes Católicos, jóven de veinte años, pero rey ya de Castilla, de Aragon, de Navarra, de Valencia, de Cataluña, de Mallorca, de Sicilia, de Nápoles, de los Países Bajos, de una parte de Africa, y de las vastas islas é ilimitados continentes del Nuevo Mundo, va á agregar á tan grandes y ricas coronas la del imperio aleman, cuya elevadísima posicion le ha de obligar á entenderse con todos los soberanos de Europa, y á tomar una parte principalísima en todas las grandes cuestiones y en todos los grandes intereses del mundo y del siglo; de un mundo y de un siglo en que encontraba ya dominando príncipes tan grandes como Francisco I. de Francia, como Enrique VIII. de Inglaterra, como Soliman el Magnífico de Turquía, y como Leon X., que desde la silla de San Pedro regia y gobernaba la cristiandad; «cada uno de

los cuales, hemos dicho en otra parte, hubiera bastado por sí solo para dar nombre á un siglo (1).»

Francisco I. de Francia, rival ya de Cárlos desde sus frustradas pretensiones al imperio, con todo el resentimiento de un pretendiente desairado, y con toda la envidia que inspira el amor propio mortificado con la preponderancia alcanzada á los ojos de Europa por otro contendiente mas feliz (2); soberano de un reino grande, enclavado en el centro de Europa, y fuerte por la unidad que acababa de alcanzar; dotado de un espíritu caballeresco, que no cuadraba ya á la época; pero alimentado con la lectura de los libros de caballería; dueño del Milanesado, que el imperio aleman miraba como feudo suyo, y cuya investidura no habia logrado aun el monarca francés; con pretensiones todavía al reino de Nápoles, de que su antecesor habia sido desposeido por Fernando el Católico; conservándolas Cárlos al ducado de Borgoña que el astuto Luis XI. de Francia habia desmembrado de la herencia de Cárlos el Temerario; interesado Francisco en que se restituyera el reino de Navarra á Enrique de Albret, y con aspiraciones el rey de Francia á dominar sobre las dos vertientes de los Alpes,

(1) Discurso preliminar, tomo I. pág. 438.

(2) Cuéntase que decia el monarca francés cuando se agitaban las pretensiones: «Cortejamos á una misma dama; empleemos cada cual para lograrla todos nues-

tros esfuerzos; mas luego que ella haya designado al rival mas dichoso, toca al otro conformarse y quedar tranquilo.» Pronto habia de acreditar que tales propósitos se hacen mejor que se cumplen.

puédesse discurrir cuán imposible era augurar ni prometerse que se mantuvieran amigos dos jóvenes príncipes, entre quienes tantos y tan graves y complicados motivos de rivalidad existían, á pesar del tratado de paz de Noyon ⁽⁴⁾. Para un caso de rompimiento, Carlos contaba con mucho mayor poder y con mucho mas vastos dominios que Francisco, pero de tal manera desparramados, que no le habia de ser posible colocarse nunca en el centro, de modo que pudiera atender fácilmente á las necesidades que en los puntos extremos pudieran ocurrir. La Francia, mucho mas pequeña que la totalidad de aquellos inmensos estados, pero mas fuerte que cada uno de ellos, estaba en mas ventajosa posicion para defenderse y para ofender.

Enrique VIII. de Inglaterra, que habia reunido en su persona los opuestos derechos de las familias de Yorek y de Lancaster; que habia subido al trono en una de las épocas mas felices para su pueblo; que habia heredado paz y tesoros; activo, emprendedor, ambicioso, diestro en los ejercicios militares, y con un carácter acomodado á las inclinaciones de sus súbditos, se hallaba en una posicion de todo punto diferente de la del monarca francés. Separada la Inglaterra del continente europeo, al abrigo de una

(4) En este célebre tratado (13 de agosto de 1526), se habia concertado entre otras cosas el matrimonio de Carlos con Luisa, hija de Francisco de Francia, niña de pocos meses; como en seguridad del auxilio y asistencia que se habian prometido, aun en sus respectivas conquistas.

invasión estraña, dueña del puerto de Calais, que le abria la entrada en Francia y le franqueaba el camino á los Países Bajos, hallábase el rey Enrique en disposición de mantenerse neutral, de poder ser mediador entre Carlos y Francisco, y de impedir el desequilibrio europeo que pudiera ocasionar la preponderancia de uno de los dos rivales. Pero no tenia Enrique ni la habilidad ni la calma necesarias para mantener tan ventajosa posicion, y sobrábale pasión y vanidad para conocer como debiera sus verdaderos intereses y los de su reino. Verdad es que tanto como á su carácter culpa la historia á los consejos y al influjo de su primer ministro y favorito el cardenal Wolsey, hombre devorado de la ambición y de la codicia, y lleno de orgullo por la solicitud con que los príncipes mismos buscaban su amistad y le adulaban, como el mejor medio para congraciarse con el rey ⁽⁴⁾.

Habia logrado el rey de Francia granjearse el

(4) Hé aqui el retrato que hace Robertson de este prelado: «De la hez del pueblo, dice, habia este hombre subido á una elevación que no habia podido alcanzar vasallo alguno, pues dominaba como amo imperioso al mas orgulloso é intratable de los reyes. Sus cualidades le hacian á propósito para sostener el doble papel de ministro y favorito. Un juicio profundo, una aplicación infatigable y un conocimiento cabal del estado del reino, unido al de los intereses y miras de las cortes estrangeras, le hacian capaz de ejercer la autoridad absoluta que se le habia confiado; mientras que sus finos modales, la gracia de su conversacion, su insinuante genio, su gusto por la magnificencia y sus progresos en el género de literatura que mas agradaba á Enrique, le captaban la confianza y el afecto del joven rey. Lejos estaba Wolsey de emplear en bien de la nacion, ó del verdadero engrandecimiento de su amo, la amplia y casi régia autoridad de que gozaba, antes codicioso y prodigo á la vez, nunca se saciaba de riquezas, etc.» Historia del Emperador Carlos V., lib. II.

favor del cardenal inglés, halagando su codicia con una considerable pensión, y su vanidad consultándole en los más árduos é importantes negocios, y por su mediación había ajustado el casamiento del delfín con la hija de Enrique, y concertado tener los dos monarcas una solemne entrevista, á que asistiera todo lo más brillante de las cortes de Europa. Temiendo el rey Carlos de España las consecuencias de esta unión, determinó ganar á su rival por la mano, y desde la Coruña se dirigió á Inglaterra, desembarcando en Douvres (26 de mayo, 1520), sin avisar de ello á Enrique, á quien sorprendió y halagó con inesperada visita. En solos cuatro días que permaneció Carlos en Inglaterra consiguió atraerse y separar de la amistad de la Francia al rey Enrique y á su ministro favorito; á éste, prometiéndole todo su valimiento para que un día cambiara el capelo de cardenal por la tiara pontificia, que sabía ser el sueño dorado de Wolsey; á aquel, ofreciendo hacerle árbitro de todas sus diferencias con Francisco I. Seducidos ambos con tan bellas promesas, agasajaron á Carlos á competencia, y Enrique le dió palabra de pagarle su atención, volviéndole la visita en los Países Bajos, tan luego como tuviera la acordada entrevista con el francés.

Despidiéronse con esto afectuosamente ambos monarcas, y Carlos se reembarcó para Flandes, donde permaneció poco tiempo, y de allí partió á Aix-la-Chapelle, ciudad designada en la Bula de Oro para la

coronación de los emperadores. Allí, con la más suntuosa magnificencia, y á presencia de la asamblea más brillante y más numerosa que jamás se había visto, vestido Carlos de una ropa talar de brocado, con un rico collar al cuello, se hizo la solemne ceremonia (23 de octubre), ungiendo sus manos y colocando la corona de Carlo-Magno en su cabeza los arzobispos de Colonia y de Tréveris ⁽¹⁾.

Antes de esto se había verificado ya en Ardres, ciudad de la costa de Francia, la célebre y fastuosa entrevista de Francisco I. y Enrique VIII. en la llanura llamada *Campo de la Tela de Oro*; famosa reunión, por el lujo, el boato y la esplendidez que ostentaron los nobles de ambos reinos, que, como dice un escritor francés ⁽²⁾, «llevaban sobre sus cuerpos sus molinos, sus bosques y sus prados:» fiesta de placer y de etiqueta, solemnizada por espacio de diez y ocho días con juegos y ejercicios en que reinó la galantería, la elegancia y el buen gusto ⁽³⁾. Concluida aquella fiesta, Enrique VIII. pasó á visitar á Carlos en Gravelines, donde estrecharon su alianza los

(1) El obispo Sandoval, en el lib. X. de su Historia de Carlos V., trae todo el largo ceremonial de la entrada del emperador en Aix-la-Chapelle (Aquisgran) y de su coronación.

(2) Du Bellay.

(3) Cuéntase que en estas fiestas, habiéndose retirado ambos reyes á una tienda de campaña, donde bebieron juntos, asió Enrique del cuello á Francisco y le di-

jo: *Hermano, es menester que luchemos los dos: y que se esforzó una ó dos veces para echarle la zancadilla; pero Francisco, que era más diestro luchador, le cogió por mitad del cuerpo y con prodigiosa violencia le tiró al suelo: que quiso Enrique renovar la lucha, mas no se lo permitieron.* Mem. de Fleuranges, cit. por Robertson.

dos soberanos, acompañando después Carlos á Enrique hasta el puerto de Calais.

Entre los graves negocios que reclamaban la presencia del recién coronado emperador en Alemania el más importante de todos era el de la reforma religiosa proclamada por Lutero. Interesaba á la cristiandad, y urgía atajar la revolución y el cisma que amenazaban producir las nuevas doctrinas difundidas por el fraile alemán, y á este efecto convocó el emperador la dieta imperial para el 6 de enero (1521) en la ciudad de Worms. Pero antes de informar á nuestros lectores de lo que se determinó en la dieta de Worms sobre la famosa Reforma; origen de grandes acontecimientos materiales y principio de una revolución en las ideas del mundo, piedra de toque de todos los principales sucesos y complicaciones de este reinado y de este siglo, de la cual por lo mismo nos proponemos hablar separadamente, cúmplenos para la mayor claridad histórica dar cuenta de las causas y de las primeras consecuencias del rompimiento que ya se temía entre los dos poderosos rivales Carlos V. y Francisco I.

Temiendo ya este rompimiento, que la política del ministro Chièvres había podido retardar, cada uno de los dos monarcas había procurado hacerse aliados y amigos, en lo cual también se anticipó al francés el emperador, que desde su salida de España obraba con una previsión, una destreza y una energía, que

el emperador de Alemania no parecía ser el rey de España, y en los asuntos generales de Europa mostrábase muy otro que en los negocios del reino español. De contado tuvo la habilidad de halagar la ambición de su hermano Fernando cediéndole el ducado hereditario de Austria, con lo que contaba un aliado seguro en aquella frontera. La amistad de Enrique VIII. era un gran peso en la balanza de su poder, como lo significaba sobradamente la arrogante divisa no sin fundamento adoptada por el monarca inglés: *Cui adhæreo, præest*; «á quien yo me adhiero, aquel prevalece.» Una vez inclinado el rey de Inglaterra del lado del emperador, restábase á Francisco I. de Francia ganar el favor del papa Leon X., que había empleado todo su estudio en mantener cuanto le fué posible su neutralidad y en diferir la hora de decidirse por uno de los dos soberanos. Llegado el momento de resolverse, logró el de Francia pactar con él un tratado de particion de Nápoles. Pero bajo este pacto ostensible celebró secretamente otro más sério con el emperador, en que concertaron unirse para arrojar los franceses de Italia, dando el Milanesado en usufructo al duque Francisco Sforza, y comprometiéndose el emperador á devolver á la Iglesia los ducados de Parma y Plasencia, á sostener en Florencia los Médicis, y á aumentar el tributo que por el feudo de Nápoles pagaba á la Santa Sede. Así se apartó Leon X. de la prudente neutralidad que tan-